

PRECIO EN MADRID.

Por un mes..... 0'75 peseta  
 or tres meses..... 2'25

ADVERTENCIAS.

La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público cuatro veces al mes.

La manera ménos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago en libranzas ó sellos de correos, no respondiéndose de éstos sino viene certificada la carta.

Se traspasan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.

Número atrasado: 30 céntimos.

NUMERO SUELTO ENTODA ESPAÑA 15 CÉNT



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses..... 2'50 pesetas  
 Valiéndose de comisionados. 3

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses..... 6'25  
 Filipinas, un año..... 30

NOTA.

La palabra *progresista*, colocada á la cabeza de este periódico, dá la medida de la fuerza de su color.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Calle de los Estudios, núm. 17, principal izquierda, á donde se dirigirá la correspondencia al propietario y Director,

DON PABLO MARIN Y ALONSO

Número atrasado: 30 céntimos.

NUMERO SUELTO EN TODA ESPAÑA, 15 CÉN

# RIGOLETO.

PERIODICO PROGRESISTA.

SE PUBLICA LOS SÁBADOS.

## EL PRESTIGIO DE LA AUTORIDAD

Inspirannos este artículo la recepción magnífica que se ha hecho en Barcelona á nuestro ilustre amigo el señor marqués de Cerralbo. Aquella ha sido un triunfo para el tradicionalismo español y una ovación para el prócer carlista, á quien envidiarán hoy muchos prohombres de los que compran la popularidad y la populacheria cuando no se les da gratis.

Barcelona ha visto muchas recepciones; Barcelona dirá lo que ha sido la del marqués de Cerralbo. Este venía de ver á la R... Familia, representaba á D. Carlos, y las masas carlistas recibieron con entusiasmo indescriptible al noble caballero que acababa de hablar con la legitimidad pros-crita.

No hemos de contar ahora las muchas comisiones de los pueblos catalanes que fueron á la recepción, ni reseñar las fiestas que tuvieron lugar en la ciudad de los condes. Baste decir que los catalanes han derrochado la alegría y el entusiasmo; que la misma prensa liberal da gran importancia á la recepción, y que en Cataluña, pese á quien pese, hay unas masas carlistas capaces de mantener ellas solas una guerra civil. ¡Y dicen los necios que el carlismo es un cadáver! Es un cadáver... y se levanta para matar; es un cadáver, y lo existente le mira con miedo, y la revolución piensa en él con espanto; un cadáver que abraza á la victoria. Pero cortando esta casi digresión, vamos á poner en paralelo al señor marqués de Cerralbo y al Sr. Nocedal.

Nocedal fué á Barcelona con el sueño de la apoteosis. Acababa de romper la unidad de la comunión carlista, era un cismático, y... pensaba que Cataluña olvidaría la legalidad, enterraría la realeza y se declararía rebelde. Nocedal fué silbado como un mal actor y no hicieron más que silbarle, sin duda porque las masas no le creyeron digno de mayor castigo. Hay traidores que son arrastrados, y traidores que tienen de ridículo lo que les falta de criminal á estos se les rechaza con una voz, una carcajada ó un silbido. La apoteosis de Nocedal fracasó por el ridículo; al rebelde todavía le suena en los oídos la gritería del Olimpo y por eso el pobre hombre sigue aturrido y metido en su concha como un marisco meticoloso.

En cambio, al marqués de Cerralbo, por que representa la autoridad, porque ha ido á Barcelona en nombre del rey, se le recibió como sabe todo el mundo. Y es que el prestigio de la autoridad no cae como los prestigios falsos de una personilla con demasiado orgullo.

Lo que se ha hecho por el marqués de Cerralbo se ha hecho por D. Carlos de Borbón. Si aquel hubiese entrado en la metrópoli de Cataluña como un simple particular, á pesar de sus virtudes y su elevada posición social, no hubiera alcanzado tantas

alabanzas no se le hubieran tributado tantos honores; y si hubiera ido allí á proclamar el cisma y atizar la rebelión contra la autoridad, le hubieran dejado solo. Véase, pues, lo arraigada que está la obediencia en las masas carlistas, pues no se dejan embaucar por un mal periodista y aplauden frenéticas al ilustre personaje que tiene la confianza del rey. Si los rebeldes no fueran ciegos voluntarios, no seguirían por el camino del despecho á cuatro ó seis señores que por que no les consintieron ser amos hicieron la rebelión.

## DIALOGO DE CLARIDADES

II

—Gracias á Dios que tengo el gusto de volver á ver á usted para ultimar amigablemente nuestra conversación de estos días.

—También yo he sentido la interrupción, más que por otra cosa por la causa de ella, que no es muy agradable que digamos.

—Se puede saber?—No se ha de poder? Pues no ha sido ni más ni ménos que el haber sido víctima durante más de ocho días de esa traidora enfermedad reinante que ha venido de las ciudades á los pueblos con quinto y tercio de malicia y de recrudescimiento, con la desventaja de no contar en estas pobres localidades con la abundancia de medios de salvamento de que disponen las privilegiadas ciudades; porque ya sabrá V., acaso por experiencia, que aquí en los pueblos vivimos de milagro, y somos un argumento perpetuo para probar la sabia Providencia de Dios, ya que no tenemos la fortuna de ser objeto de las caricias y cuidados de los gobernantes, que no se acuerdan de nosotros más que cuando hemos de cubrirles los capos de contribución de sangre y de dinero, y cuando necesitan de una acta de diputado.

—Razón tiene V. que le sobra; pero no nos vale.

—Porque no queremos.

—¿Que no queremos?

—No señor, el que no pone los medios adecuados al fin, se considera prudencialmente que renuncia á ese fin, por más que por una inconsecuencia lamentable aparente de-searlo.

—¿Pues, y qué remedio?

—Por mi parte ya expuse el otro día la causa del mal, hablando muy en general y como en su primitivo génesis: ahora á V. le toca desvirtuar ese mi razonamiento que tendrá cualquier defecto menos el de ser oscuro ni mestizo; por lo tanto queda V. en el uso de la palabra por si quiere exponer su pensamiento en la materia que nos ocupaba.

—Si mal no recuerdo versaba sobre la culpabilidad de los católicos en los males que nos ocasiona la política del liberalismo y de nuestra complicidad en ellos.

—Justo, ni más ni ménos.

—Pues yo no lo veo tan claro como V. ni lo aprecio con el radicalismo é intransigencia con que V. siempre lo aprecia.—Pues hable V. que hablando se entiende la gente.

—Y bien, Vd. recriminaba que los católicos, unos por fas, otros por nefas se afiliasen á los diversos partidos ó fracciones más ó menos gubernamentales que constituyen esa entidad moral que llamamos liberalismo; pero yo, salvo meliori, no lo veo así, porque como los católicos no

somos solo entes de razón, sino miembros de la sociedad en que vivimos, y como por otra parte, todas las formas de gobierno son lícitas y más ó menos viables para un fin social, de ahí que sin renunciar al fuero de nuestra conciencia individual de católicos, podemos y debemos concurrir al bien social de una manera práctica, es decir, asociándonos á alguna de esas formas de gobierno, para con nuestro concurso hacer que sean menos malas, evitando mayores males, ó para contrarrestar la influencia de los malos que, mandando solos, harían mangas y capirotos de los buenos. ¡Ah! ¿A Vd. le parece que si no hubiera católicos con Zorrilla, con Castelar, con Sagasta, con Cánovas y con Pidal, y estos personajes se vieran solo influidos por las sectas masonicas y revolucionarias sin el contrapeso de los católicos que andan á la parte con ellos en el manejo de la cosa pública, estaríamos á la hora presente donde estamos, en un estado relativamente bueno, si se compara con los males y calamidades que, de una manera espontánea y sin contradicción, hubieran dado á luz por la fuerza del mal que intrínsecamente encierran sus programas, y por las circunstancias favorables hubieran tenido para ello? Desengáñese Vd.; hemos de ir aprendiendo los católicos á ser prácticos y hombres de gobierno, arrinconando teorías y platonismos que no vienen al caso, sino es en una academia ó en un liceo puramente metafísico; hemos de saber y aprender á dar á la tesis lo que es de la tesis, y á la hipótesis lo es de la hipótesis; es decir, hemos de vivir en la realidad, como dice Cánovas, y no en un mundo ideológico; porque al fin y al cabo, como decía Pidal, todos los ríos tienen vado, y malo ha de ser que los malos y revolucionarios fieros no pierdan algo de su nativa fiereza con el roce y trato de los buenos que se les asocian para un fin determinado...

—Vaya, vaya; si va Vd. por ese camino, no acabará nunca de disparatar, según los maestros y la pauta que se propone seguir: basta con ese trozo de literatura mestiza y de política ídem; me dispensará Vd. que le hable claro: me da náuseas el oír un lenguaje tan duizaino y una política tan rastrera y tan innoble. ¿No sabe Vd. que esa táctica católico-liberal fué reprobada ya por el glorioso Pío IX, y tratada por él con más dureza que la *Comune*? ¿Ignora Vd. que sola una manzana dañada corrompe á muchas sanas, y no viceversa? ¿Olvida Vd. aquella máxima moral *non sunt facienda mala ut eveniant bona*? ¿No se desengañará Vd. jamás de que los católicos que se afilian á las sectas ó partidos liberales, aunque supongamos que de buena fé (que es mucho suponer después de más de medio siglo de tristes experiencias y vanos ensayos) no hacen otro oficio que el que hace el azucarillo que se echa en un vaso lleno de veneno, que no le quita á éste nada de su virtualidad mortífera, sino sola su repugnancia al paladar, facilitando más y más el acto de ser bebido hasta las heces? ¿Digame Vd. sino, por qué algunos que de buena fé, sin duda, y con la intención que Vd. ha indicado de contrarrestar la influencia del mal) cooperaron, sin renunciar á su catolicismo, á lo menos en su conciencia, á la política liberal, en la hora de la muerte se arrepintieron de todos sus actos de hombres públicos?

—Por qué Riego, por que Topete, por qué Nocedal (padre), por qué González Bravo, por qué (hace cuatro días) el señor conde de Toreno (que santa gloria hayan todos), han dado público testimonio de que les pesaba su adhesión y cooperación á la política liberal, pidiendo á Dios y á la patria les perdonasen su debilidad y cuantos males hayan nacido de su culpable complicidad, en la gestión de la cosa pública? ¿No han confesado paulatinamente que se dejaron llevar de la gloria del mundo, del deseo de figurar, que de

otra manera se les figuraba no hubieran podido llevar á cabo? ¿No valdrá para nada un testimonio dado en los umbrales de la vida futura, y con el Crucifijo en las manos casi he-ladas, ya por el contacto de la muerte que llama con impo-rtuna insistencia?

Y si este dato no vale nada para los que llenos de robu-tez y acariciados por la fortuna, se creen inmortales, y lo juzgan como un acto de debilidad y de flaqueza en aquellos míseros momentos, no servirá para nada el testimonio de los enemigos de los católicos? ¿No ha reparado usted alguna vez en la cara de pascua que tiene de unos años á esta parte el bueno de Castelar, que según él y sus hueros ad-miradores, es el verbo de la democracia moderna, ó seá-le, del liberalismo y de la revolución? ¿No ve usted lo agrade-cido que está de Sagasta y de cuantos siguen á ese grado 33? ¿No sabe usted que está ya á partir un piñón con Cánovas desde el punto en que este hombre impenitente, por temor de que le vuelvan á silbar los liberales, ha hecho profesión de demócrata? ¿No le ha chocado á usted el contubernio que media entre el antiguo apóstol de la república y las institu-ciones vigentes? Y todo, ¿por qué? Porque todos esos mo-nárquicos que se tienen por católicos le están dando más, mucho más que cuanto él podía desear; y están plan-teando por el seguro y tranquilo sistema de *evolución* todas cuantas conquistas revolucionarias estaban escritas con lodo y sangre en los programas de Cadiz. ¿Qué más va á pedir? Si los que V. llama católicos, afiliados á los partidos liberales para evitar mayores males, han votado el art. 41 de esta Constitución con el espíritu de la del 69; si ellos han dado por buena la libertad de blasfemar; si ellos han dado legalidad á la maldita masonería; si ellos han legalizado el matrimonio civil hasta el punto de demandar á un sabio Obispo por haberle llamado concubinato; si ellos han aten-tado contra la justicia histórica con el planteamiento del jurado; si ellos han canonizado la soberanía del pueblo en contra de la de Dios, con el proyecto, que será ley muy pronto, del sufragio universal; si ellos han legalizado la impiedad en la prensa, en la cátedra, en la escuela, en el cementerio y en todas las manifestaciones de la vida; si ellos... han descatolizado y arruinado espiritual y econó-micamente la España tradicional y cristiana.

No se ha de frotar las manos de afeminado contento ese verbo de la democracia moderna, si los desatentados cató-licos, de víctimas gloriosas que eran, se han convertido en verdugos de sí mismos?

Le dejo á V. bajo la saludable impresión de estas amargas claridades, y otro día descenderé desde el terreno de las lamentaciones al de la práctica, y remedios que debíamos poner los católicos para ver de recobrar nuestra verdadera posición enfrente de nuestro común enemigo.

T. C.

## A LAS PUERTAS DE LA MUERTE

Para el que sabe pensar, no hay nada más pavo-roso que la muerte. La idea de la muerte amarga todas las alegrías de la existencia; pesa en el cere-bro como una amenaza y pone freno á los atrevimientos de la filosofía. Morir para el creyente es entrar en otra vida donde la justicia divina corri-ge los desaciertos de la justicia humana, donde el premio y el castigo salen de un tribunal cuyo fallo es eterno é inapelable. El que cree muere con miedo. El que no cree, ¿cómo morirá? Sospecha la eternidad; en ella hunde el pensamiento para son-dearla; pero la eternidad sin la fe es una noche y el pensamiento lanzado contra ella es la flecha que se dispara en las tinieblas, la voz que se dá en el vacío, el meteorito que se apaga en el mar. Eso desconocido espanta; se lo llama vacío y parece infer-no; se duda de éllo, y entre la duda se levanta una certidumbre que hace temblar á la carne y acobar-da el pensamiento.

A la hora de la muerte la decoración cambia: la luz se apaga, el valor falta, el estoicismo llora. El mundo huye de los sentidos, y á los sentidos se acercan los fantasmas y en el cuerpo aumentan los dolores y en el alma los remordimientos. Los *espí-ritus fuertes*, cuando van á caer en la eternidad, se aterran. Casi siempre, el que pasó la vida renegan-do de Dios, se muere pidiendo un cura, y el cura no falta y perdona en nombre de Dios.

Los *espíritus fuertes* no se fortalecen con la filo-sofía moderna, porque la filosofía moderna no hace más que dudar cuando se acerca á la eternidad, y si niega, niega sin razonar. Esas convicciones de la *nada eterna* no existen; son nada más *convenien-cias*, y ya se sabe que la lógica no repara en con-veniencias. De modo que los *espíritus fuertes*, re-sultan *espíritus tontos* que niegan porque sí. No hay psicología para morir tranquilo; lo que hay á veces (porque Dios lo dispone así) es una fisiología bestial, un «no importa» que nada prueba contra lo divino.

Hemos visto morir bien á muchos que fueron malos cuando la salud les sobraba; y entre los que en lenguaje vulgar se llamen medianos, porque sa-crifican las convicciones á las conveniencias, se cuentan muchas conversiones. El señor conde de Toreno (q. e. p. d.) era liberal; pero creía en Dios y era un buen cristiano en la vida privada... Como político había votado el artículo 11 de la constitu-ción del 76, artículo reprobado por la iglesia; es decir que el difunto conde, por motivos que no co-nocemos, en casa era católico y en las cortes libe-ral. Le llegó su hora, y según declaración pública del confesor Sr. Gumiel, párroco de San Marcos de esta corte, se retractó absoluta é incondicionalmen-te de cuantos errores hubiera defendido en su vida, y principalmente de haber dado su voto al artículo

11 de la constitución del 76 que aprobaba la libe-rdad de cultos, así como de todas aquellas disposicio-nes que como ministro de Fomento dió en materias de enseñanza que no estuvieran conformes con la doctrina católica. Hizo también espontáneamente profesión de fé católica y murió con la paz de los justos.

Laoda y bendecida por todos los católicos debe ser esa retractación del conde de Toreno, que hace hermosa su memoria.

No sabemos lo que dirán los conservadores, es-pecialmente los Pidalos, Cangas y otros así que se empeñan en ser católicos y en mantener el artículo 11. Pero si el de Toreno no quiso morir como libe-ral, los mestizos si se consideran católicos no pue-den ni vivir ni morir como mestizos ni menos en-gañar á las gentes con sofismas. O católicos, ó libe-rales; no hay término medio. ¿No apagarán los mestizos una de las dos velas? De apagar es proba-ble que apaguen la de Dios. Así lo tememos

## LA IDEA RELIGIOSA Y LA RAZÓN HUMANA

### PRIMERA SERIE

#### Preliminar

«Educar un alma es des-arrollar las semillas que ha recibido de Dios al re-cibir la vida.»

E. MERIC.

La ley de la evolución, tanto en el orden especulativo como en el orden práctico, impera en el Universo.

Los poblados y frondosos bosques, que con sus árboles seculares admiramos, fueron en su principio átomos poco menos que imponderables; y las plantas, menudas semil-las que propagó el viento, y quizá las aves pasageras las llevaron en sus picos de unas regiones á otras.

Esas enormes masas de granito que se ostentan orgullosas desafiando á través de los siglos la inclemencia de los ele-mentos, crecieron por yuxta posición, abandonando con progresión metódica, si se permite la frase, su triste ca-tegoría de sencillos estratos. La misma vida, en su princi-pio, no es más que una simple célula, que la ciencia deno-mina *vital*.

Todos estos peldaños de la creación han sido sabiamente ordenados por su autor para constituir la grandiosa y colosal escalinata que llamamos *Cosmos*, escalinata que imper-ceptiblemente conduce, prescindiendo de la revelación y de los sagrados libros, a la existencia de una suprema inte-ligencia. Toda esta infinidad de, en sí, discordantes notas, han sido con tal destreza combinadas, que hoy constituyen el concierto armonioso que denominamos Universo. ¡Sabia Providencia!

Idéntica ley rige y gobierna la vida del alma. Si consideramos al hombre en los primeros albores de su existencia sobre el globo, tan solo encontraremos en él una pulgarada de polvo organizado, un cuerpo tan inútil como despreciable un animal quizá menos favorecido que los demás animales.

Si observais las facultades de aquel ente animado que nace á la luz del mundo, las hallareis adormecidas é in-ábiles para seguir los impulsos de la misma Naturaleza, ya que no para alcanzar por sí solas, y sin el auxi-lio de la gracia, los altísimos fines que les deparó su Cria-dor. Pero estas mismas facultades educadas, impulsadas y desarrolladas por un experto *motor*, llegarán á formar, no hay duda, al joven laborioso, en glorias émulo de sus antepasados, y al anciano eucanecido y venerando, que después de haber prestado grandes servicios á su religión y á su patria, solo fia en la recompensa de los cielos, y no en las vanidades y halagos de la tierra. ¡Altos designios del Supre-mo Ser!...

Es, pues, necesario guiarlas y educarlas; hé aquí el punto culminante de esta controversia.

Para este fin necesitamos de medios eficaces. ¿Nos fal-tarán? La libertad, don preciosísimo con que Dios exornó la humana naturaleza; el criterio y la conciencia; hé aquí los tres solicitos vigias que han de señalarmos los pre-cipicios que bordan el áspero y tortuoso sendero de la vida.

Mucho se ha escrito sobre esta cuestión, por tan debati-da fastidiosa, pero nunca la verdad estará defendida con exceso.

La idea religiosa y el progreso intelectual: ¿Quién no ha hojeado siquiera las páginas de esas inmundas publicacio-nes, dedicadas á Satanás, cuyo único y exclusivo objeto es el desprestigio de la Religión y el insulto á lo más santo?... Todos sabemos las graves calumnias que, principalmente en nuestro siglo, ha vertido la impiedad (y lo que se aver-güenza de llamarse impiedad, sin dejar de serlo,) contra el clero y las órdenes religiosas. A nadie se ocultan aquellos vergonzantes epítetos de *oscurantista*, *retrógrado*, *etc.*, da-dos á la venerable clase sacerdotal; así es que renunciamos á comentarlos; pero bástenos decir que en nuestros días, idea religiosa y progreso intelectual dicen el más marcado antagonismo, que deberá imponerse á toda costa por todo el que se precie de *espíritu fuerte* y verdadero *regenerador social*. «El progreso de nuestro siglo, grita la impiedad, no puede consistir, que las inteligencias sean vergonzosa-mente ahorradas por el fanatismo, ni que la idea de Dios imponga diques y valladares al genio.

«Es preciso condenar cualquier enseñanza religiosa, en todos lugares y bajo todas las formas ya la dé el sacerdote, ya el padre de familia, proclamar la verdad de esta tesis filosófica y doctrinal: hay contradicción entre Dios y la ciencia.» Ni más, ni menos. Estos son los gritos del Averno que en nuestros días formulan el tema de intrincadas y animadísimas polémicas sociales.

¿Cuál es, pues, la cuestión que ha de ocuparnos? Un sa-bio polemista francés de nuestro siglo (1) nos da la pauta para nuestra lucubración.

(1) E. MERIC.

«Si veo, dice el aludido paladin de la controversia ge-nuamente católica, después de un examen profundo y de una investigación imparcial, que la idea religiosa es contraria al desarrollo de las semillas, que existen en mi naturaleza, y que denominamos *facultades intelectuales y morales*; si reconozco que esta idea ofusca la razón, *desna-turaliza la conciencia*, embota la imaginación y pervierte la voluntad; si comprendo en el curso de este estudio desin-terésado, que esa idea cierra el paso al hombre inquieto, ansioso, que quiere unirse al objeto esencial y supremo de sus facultades, de su naturaleza y de su vida, ¡ah! enton-ces diré con valentía: «Si, hay oposición entre nuestras fa-cultades y la idea de Dios, oposición entre la naturaleza humana y la religión, y los legisladores que entran deno-dadamente en la vía abierta por el ateísmo revolucionario y que denuncian la idea religiosa á la indignación popular, obran bien y son los defensores más inteligentes de la ra-zón y de la libertad.

Pero si siguiendo siempre con fidelidad la razón, la percepción clara de la verdad me revela que la idea reli-giosa no es contraria al desenvolvimiento amplio y lumino-so de mi razón, de mi imaginación, de mi conciencia y de mi voluntad; que ella es necesaria é indispensable al desa-rrollo completo de estas facultades constitutivas de la hu-mana naturaleza, que sin ella estas facultades se oscurecen, esta naturaleza humana se degrada, este hombre cesa de ser hombre en el sentido más elevado de la palabra, enton-ces diré á los reformadores extraviados que pretenden cub-rir con la majestad de la libertad, de la conciencia y del derecho sus atentados contra nuestras facultades, contra la ley fundamental de nuestra naturaleza, contra el movi-miento legítimo de nuestra alma hacia su fin supremo:

«Sois vosotros quienes olvidais la libertad, la concien-cia, el derecho, diremos: La educación debe tener por base y fundamento la idea de Dios.»

Tal es el problema que nos proponemos desentrañar por partes en los siguientes artículos.

V. A. LASIERRA.

## CARRERAS Y EMPLEOS

En España es tan vivo el deseo que tienen todos de com-mer sin trabajar, que se agarran á cualquier cosa para con-seguirlo. La holgazanería es un vicio eminentemente espa-ñol. La parte más viva de nuestra sangre pide baile ó gue-rra, ó las dos cosas, porque este es el país del jaleo; aquí se legisla tocando la guitarra y se progresa por el lado del vicio.

Muchos jóvenes españoles siguen una carrera *para tener un porvenir*. Sabido es cómo se estudia en los colegios y en las universidades. La mitad del año, por *fas* ó por *refas*, no hay clases, y la mitad de las clases se abren sin alum-nos. La juventud que viene á las ciudades con el fin de es-tudiar, ordinariamente se dedica á divertirse. El teatro, el café, las corridas de toros y otras distracciones mejores ó peores, roban el tiempo á los escolares. Cuando hay libros de *cuarenta hojas* incitando con la suerte, hay que arrin-conar los libros, cuajados de cifras, hartos de textos, que repele la memoria.

Bueno es que estudien todos, bueno es que todos sepan, porque la instrucción moraliza; pero muchos estudian sin tener amor á la ciencia; estudian por alcanzar el título y cotizarlo; y creen que un hombre de carrera no debe gas-tarse los dedos revolviendo telas ni menos dedicarse á labo-res agrícolas porque deshonran. Los botánicos arrancan raíces, los ingenieros buscan minerales y se acostumbran á manejar el martillo y la barrena, y se ennegrecen con el viento y el sol; pero los demás señores no entienden de eso y se dan modo de hacer productivo el título sin traba-jar ellos.

En España los títulos abundan extraordinariamente; hay más médicos, que enfermos; más abogados, que pleitos; más boticarios, que específicos, y tantos ingenieros como cami-nos, sino más. Por esta abundancia los títulos han sufrido una baja enorme, y los que no logran colocarse, según su carrera, solicitan empleos oficiales. Esta vanguardia, más ó menos forzosa, toma la forma de empleomanía. El presu-puesto en estos tiempos fascina á los hijos de los burgueses. Unos se colocan de escribientes en las oficinas del Estado de manera que puedan ascender y más tarde asegurar el retiro; otros se meten de lleno en la política, se hacen pe-riodistas ó pajes de los caciques mayores de su país, y todos van realizando el sueño de vivir sin trabajar. La empleo-manía es mayor calamidad que el pauperismo; amortiza las fuerzas vivas de millares de ciudadanos y pesa sobre el país como una plaga. Los que fueron empleados y un cambio de política los arrojó á la calle, conspiran contra lo existente, en vez de dedicarse á otra cosa; los empleados, cuando no huelgan en sus departamentos, se consagran á ellos mismos y muchos se demoralizan... hasta donde sabe todo el mundo.

El que fué empleado no se resigna á trabajar; primero se muere de hambre. El que aspira á serlo, desprecia á los que trabajan. Tal es la clase creada por el liberalismo.

Es inútil demostrar á nuestros lectores lo que cuesta la vagancia oficial de los funcionarios públicos; todo el mun-do lo sabe, y el pobre labrador mejor que nadie.

Español que esa plaga desaparezca en tiempos libera-les, es esperar lo imposible.

Pueblo, mal que te pese, si hoy mantienes cien mil hol-gazanes, mañana mantendrás ciento cincuenta mil, á no ser que sacadas el yugo de los gobiernos liberales.

## EL MARQUÉS DE CERRALBO

Si fuéramos á hacer una reseña completa de la recepción del ilustre presidente de los círculos carlistas, necesitaría-mos dos números como el actual. Tan grande y tan entu-siasta fué aquella, y de tal modo fué obsequiado el fidelísi-mo caballero.

En los salones del círculo tradicionalista se celebró una solemne velada, en la que varios carlistas notables leyeron excelentes trabajos, y el señor marqués dijo un discurso que no tiene desperdicio, y que la concurrencia aplaudió extraordinariamente.

En el restaurant de Miramar se le dió un banquete de 500 cubiertos. Allí el entusiasmo carlista se desbordó en calurosos vivas y elocuentes brindis. Estos los inició el Sr. España. Le siguieron los Sres. Llauder, Falcó, Oller, Viada, Llasart, Más, Muntadas y Sanz; se leyeron varios telegramas y cartas de adhesión, y el señor marqués de Cerralbo respondió á aquellos votos y felicitaciones con un discurso hermosísimo en el que pintó la actual situación de España; hizo acertadísimas citas históricas y esbozó valientemente el ideal carlista que bendice el verdadero progreso. Con encantadora modestia se mostró como descendiente de un pechero, el cual, «pintándose una cruz sobre el talearte, y empuñando un hierro para arrojar á los moros de aquel terruño, sobre el que, amontonando rudas piedras para defenderle, creó un señorío para su casa y una fortaleza para Castilla.» Reveló lo que es la aristocracia moderna, y se compadeció del pueblo que paga las orgías de los gobiernos liberales. Fué grandemente aplaudido.

Asistió al banquete lo más notable del partido en Cataluña, y estuvieron representados oficialmente los círculos carlistas de Olot, Tortosa, Palafrugell, Igualada, Manresa, Vich, Manlleu, Badalona, Palma de Mallorca y otros. Además había individuos de otras asociaciones del Principado. El número de poblaciones que estaban representadas pasaba de ochenta, y la prensa carlista también tuvo allí digna representación.

En el Tribunal Supremo, sala primera, se vió hace dos días, un recurso por infracción de ley interpuesto á nombre de D. Mariano García contra un auto en ejecución de sentencia en pleito sobre nulidad de una escritura de transacción, dictado por la sala primera de lo civil de la Audiencia de esta corte.

El distinguido letrado recurrente, nuestro particular amigo D. Agapito Martínez Vicente, demostró una vez más sus cualidades especiales de orador pidiendo la nulidad del acto.

Nuestros lectores habrán extrañado la suspensión de la novela que publicamos, pero una enfermedad del autor, querido amigo nuestro, motivó dicha suspensión, bien á pesar nuestro.

Repuesto ya, gracias á Dios, continuará su tarea, que tanto agrada á los lectores de RIGOLETO.

## OTRO PARTIDO

No se acaban los temores de Don Práxedes Sagasta, pues no se acabó la casta de los genios creadores.

Martos, según se asegura, hará un partido, restando algunos ceros al bando liberal y á la conjura.

Quizá le ayude el *Tribuno* igual que los canoveros á ser jefe, es decir uno á la izquierda de los ceros.

Será el futuro partido demócrata impenitente, y hará llorar á la gente del sufragio restringido.

Quitará la tradición al partido fusionista, y será libre cambista por lo de la emigración.

Hará lo que sus hermanos: digestiones horrosas, y otras muchísimas cosas á cuenta de los paganos.

Esto piensa don Cristino. ¿Le saldrá como lo piensa? Generalmente, la prensa le dice que es desatino.

Que no suelta el riojano la sartén ni á tres tirones, mientras tenga chicharrones y grasa de ciudadano.

Que se traguen la nación unos y otros, pues al fin, siempre llega San Martín para los... de San Antón.

## LATIGAZOS

Los conservadores declaran que viven de la realidad. Pues que coman de ella. Y no pidan un poder imposible.



Dan los martistas por sentado, que el partido democrático que ha de presidir el Sr. Martos, según él mismo se ha prometido—tiene aspiraciones el mozo—se ha de formar siendo gobierno el Sr. Cánovas.

En ese caso, que echen á remojo al partido martista, por que el gobierno canovista existe solo en la fantasía de los martistas y canoveros.

Y no es poco eso, porque ni ahí siquiera debían existir. Porque nada debe existir en el cerebro que no tenga razón de ser en el orden de las cosas.

Y eso no la tiene. Lo que prueba que no viven de la realidad solo, como dijo Cánovas.

Sino de las ilusiones, que tienen esas fracciones.



El Sr. Becerra ha leído en la alta Cámara los presupuestos de Cuba y Puerto Rico.

Y después nos leerá la sentencia á nosotros. Porque á los defraudadores....

¡Ni por pienso!



El Estandarte:

«El Sr. Cánovas realizará noblemente lo prometido, haciendo que sea una verdad la pureza del principio electoral.»

¿Pureza?

¿Con qué se come eso?

Vaya usted viendo la pureza entre *conservas*....

Podridas.

Puede no ser que confundan pureza con putrefacción. Porque los conservadores son capaces de todo.

Los que tienen el virus

inoculado,

¿quieren pasar por puros?

¡ni del estanco!



¡Caramba!  
¿No buscaban al destripador?  
Pues que tomen informes de *La Izquierda Dinástica*, que sabe donde para.

Aquí está:

«D. Ramón (Nocedal) es así.

Un reventador de primera.»

Y en verdad, es capaz de reventarse así mismo, por poder reventar al prójimo.

Con que....

Tengan ustedes en cuenta

que Nocedal se revienta.

Y si no es así, habrá que escribir:

A Londres. Parte oficial.

Pareció el *destripador*,

ó sea el *reventador*

Ramoncito Nocedal.



Cuando llegará ocasión

de que yo te diga á tí,

lo que en esta situación

me estás diciendo tú á mí.

Así se interpreta este recorte de *La Monarquía*: «A *La Iberia* la parece mucho tiempo cuatro años, que llevamos de vela.»

¿Qué vale eso comparado con la eternidad?

Que es la que os queda.

Decidla que así estareis;

que la vela se prolonga,

y hasta que Dios no disponga

otra cosa, velareis.



Otra cosa dijo el Sr. Pidal, que contribuyó á hacer más ruidoso su discurso.

Y esta sí que fué verdad,

como la de Pero Grullo,

que hizo salir un murmullo

de entre la comunidad.

«Olvidais que nos silbasteis en Zaragoza, Sevilla y Madrid?»

No lo olvidamos, no.

Precisamente hay todavía pitos en reserva.

Y reformados, que dan un silbido más penetrante y producen mejor efecto.

Es el silbato del desprecio, que no suena en los oídos y llega hasta el corazón.

Y seguimos con el Sr. Pidal.

Por otro nombre, que mejor le cuadra, el oráculo *mes-tizo* que empezó su oratoria.

Diciendo:—Soy el de ayer,

pero como nunca plagio.

¿Dige antes—que nó al sufragio?

y hoy digo—que puede ser.

Y por la declaración, más bien retractación del Sr. Pidal mereció elogios.

De modo que oíd, *parlantes*:

—El que quiera elogios, diga

una oración enemiga,

de la que hubiera dicho antes.



El Liberal:

«El *Siglo Futuro* se ha quitado el luto. Nosotros estábamos en la creencia de que había prometido que se publicaría con orla negra mientras durase la cautividad del Santo Padre.

vigor suficientes, para soportar tanta tortura....»

En cumplimiento de las órdenes de su Rey, Melesherbes voló á casa de Mr. Edgewort de Fermont, sacerdote irlandés, residente á la sazón en París, quien una vez que se le notificó el mandato, se puso en marcha para el Temple. Todo este edificio estaba cercado por las tropas, cuando Melesherbes y Fermont llegaron á él: hicieron penetrar en la sala del consejo, donde no hubo escrutinio ni pesquisa á que no se sometiese al sacerdote; hicieronle vaciar sus bolsillos: se apoderaron violentamente de la caja del tabaco, so pretexto de que pudiese estar envenenado; le exigieron la navaja para que no pudiese el Rey quitarse con ella la vida; y registraron cuidadosamente su cartera por si en ella ocultaba algun punzante punzón. ¡Ignoraban que el suicidio no ha se jamás perpetrado por un mártir!... Toda esta denigrante requisitoria iba acompañada de los insultos más groseros, de palabras indecorosas, indecentes ademanos y sarcasmos, y obscenidades con que insultaban á porfia la dignidad más sagrada.

Cuando Luis pudo abrazar al sacerdote que deseaba, pronunció entre sollozos: «*La muerte no me asombra, pues tengo la mayor confianza en la misericordia del Altísimo.*» Después de haber ambos hablado largo rato sobre la crítica situación de la Francia y de la Europa, Luis conmovido como nunca, exclamó en profético son: «Mañana dará principio la fúnebre carrera que indudablemente han de seguir todos aquellos desgraciados, cuyas virtudes, talentos y riquezas dan algun recelo á la tira-

Como presidente del consejo ejecutivo, Garat, que llevaba la palabra, dijo al Rey: «Luis: el consejo ejecutivo está encargado de notificaros el extracto de la sumaria de las sesiones de los días 16, 17 y 20 de Enero, y el secretario os la va á leer.» Y éste entonces, dijo en alta voz: «La convención nacional declara á Luis Chapet, último Rey de los franceses, culpable de conspiración contra la libertad nacional, y de haber atentado contra la paz y seguridad del Estado.—La convención decreta que Luis sufra la pena de muerte. etc.»

El descendiente de Enrique IV no encontró fuerzas suficientes para reponerse de este golpe fatal, más que en la religión cristiana, único lenitivo, pero eficaz, dentro de aquella continuada serie de tormentos, y por toda contestación dió á Garat un billete, en el que pedía á la convención, tres días para prepararse á comparecer ante la presencia de su Dios, y colocar su corona bajo la planta del Rey de todos los reyes; y la elección de un sacerdote, á quien poder confiar el secreto de su pura conciencia, y de quien pudiese obtener la última y postrera bendición. ¡Ejemplo sublime!... Obtenida la última gracia que aquel infortunado príncipe solicitaba de la tierra, dijo á Melesherbes: «Mi hermana me ha recomendado un sacerdote que no ha prestado el juramento exigido por la convención... Harto de los peligros á que se expone por este acto, pero os ruego le aviseis de mi parte. Ved aquí las señas... Sois un filósofo, y esta misión es á vos agena, pero... si hubieseis de morir tan pronto como yo, os recomendaría estos sentimientos, únicos que podrían daros fuerza y

lical le dice: *ejecutor de la justicia cumple con tu deber.* El verdugo obedece y el sacrificio se consuma.

Así pereció el marqués de Favras, dejando un bello ejemplo á aquella multitud de mártires que debían seguirles después por el camino que les abrió con su resignación, con serenidad inalterable y con la fortaleza celestial de que indudablemente fué revestido en sus últimos momentos; enseñando también á los filósofos y á los hombres de todas sectas, que la más gloriosa y las más heroicas de las muertes, es la verdaderamente cristiana.»

## MARTIRIO DE UN REY

Fecundos ingenios, privilegiadas imaginaciones y luminosos talentos, han cantado con lúgubre y triste acento, á la vez que con inimitable sentimentalismo, el proceso y la muerte de aquél Rey, cuya inocencia quedó grabada en el cortante filo de la cuchilla, que despidada segó su cabeza, y cuyo solo recuerdo, hace germinar la compasión y la más justa alabanza, en los corazones de todo católico verdadero, y en los pechos de late intenso el amor á la sacrosanta causa del crucificado, y al lábaro santo del grande Constantino. Imperceptible pigmeo entre un bosque de gigante, mi pobre pluma, queda trabada; pero el deber que en un principio me impuse, y el curso metódico de este trabajo, me obligan á embozzar unas cuartillas, que si desprovistas de formas literarias, no dejan de estar inspiradas

Pero no debe ser así.  
O se ha cansado de esperar.  
Lo mismo le pasó con D. Carlos.  
Y de aquí la zambra.

Y añade el colega que es republicano de... la empresa,  
digo, de la idea:

«Verdad que *El Siglo Futuro* publicó ayer la organiza-  
ción del partido integrista en el principado de Cataluña.  
Y puede que se haya quitado el luto por eso.

Lo que él dirá:  
Si el Papa continúa cautivo, en cambio los nuestros se  
organizan...

Y váyase lo uno por lo otro.  
Así, así se entiende la doctrina integrista.  
Primero la cofradía.  
Y después la Iglesia.

A los integros de Cataluña los debe costar poco trabajo  
organizarse.

Tres ó cuatro amigos pronto se ponen de acuerdo.  
Y más si los despechazos de aquellos pechitos sacro re-  
beldes se parecen.



Más frutos coloniales  
que se pueden llamar ministeriales.

«El Sr. Becerra leyó el telegrama en que el gobernador  
general interino de la Habana le participa el fraude de pes-  
os 140.000, descubierto en Matanzas al ser trasladados los  
fondos de aquella aduana á la Tesorería Central.

Después de tanto explotar  
la riqueza de la isla,  
infaliblemente, Cuba  
es una cuba vacía.



En la caja municipal de Santa María del Campo (Burgos)  
han sido habidos seis mil reales, que se fueron en compa-  
ña de ciertos, por no decir inciertos, respetables cacos.

Estos laboriosos industriales tuvieron que forzar tres  
puertas.

Y la de la caja, cuatro.  
Pero consiguieron el premio de sus afanes.

Las Ocurrencias:

«Da un periódico la noticia de que han salido de Madrid  
más de 200 diputados.

Por eso está tan desanimado el Carnaval.  
Apenas se ven por ahí dos docenas de máscaras.  
Y la mayor parte sin careta.

De modo que se las conoce á la primera impresión.  
Sobre todo, á los canovistas.

De La Monarquía:

«RIGOLETO:

«Cero bajo cero.»

Que quiere decir:

«Los leales debajo de los pies de los integros.»

Y contesta muy bien *El Correo Español*:

«No.

Cánovas bajo Sagasta.

O conservadores bajo fusionistas.»

¿Se acuerdan ustedes de lo mal que se querían los seño-  
res Sagasta y Martos?

Pues olvidenlo.

Porque los compadres andan arreglándose.  
¡Qué golpes del corazón!

¡qué manera de olvidar!  
Se volverán á sumar  
para partir la nación.

La Unión se burla del Sr. Carulla.

Y saca el pincho (ó el asador que ahora no trabaja) para  
mortificar á aquel.

Pero esto no importa para que La Unión se dedique á  
hablar de la mansedumbre evangélica y de la unión entre  
los católicos.

Más cuenta le tendría al colega seguir el cristiano ca-  
mino del conde de Toreno (q e. p. d.) porque no todos los  
católicos liberales tendrán tiempo de arrepentirse.

Pero no lo hará así.

Porque no hay camino como el de Fomento.

¡Ni el del cielo!

Los republicanos portugueses cada día piden más alto la  
unión ibérica.

Esos infelicitos creen que en España está el petróleo ba-  
rato.

Y está por las nubes.

Los republicanos españoles se alegran muchísimo de la  
unión ibérica.

Ya vemos la tostada.

Quieren que los *finchados* echen el hombro al carro de  
la república.

A ver si lo sacan adelante.

Porque las mulas de acá, ó los... se cansan de tirar.

Y el carro no se mueve.



Li *Diario Español*:

«Hemos observado, no sin asombro, en los telegramas  
que se han transmitido desde Barcelona relatando los brin-  
dis, que se habla del rey como si fuera una institución.

Este es el colmo de la política sagastina.

El mejor día los carlistas hablan del rey de España  
D. Carlos de Borbón, y el gobierno impasible.

Cuidado si es honda la política del Gobierno.»

Vamos, el colega quiere que nos encarcelen porque ha-  
blamos como debemos hablar.

¡Oh resabios canovistas  
y progresos romeristas!



Nos dicen que La Luchita, de Gerona, está feroz.

Y echa sapos y culebras contra los que la buscaron el  
bulto.

Por poco se encoleriza el trapo de Cachupín.

Aún se pueden sacar á relucir más *trapillos* que che-  
rrean grasa de cerdo.

Pues algunos de estos animalitos pasaban por Port Bon  
comprando la *cédula personal* á un periodista.

El documento de seguridad costaba cien pesetas men-  
suales.

Es decir, que los panzudos paquidermos pagaban como  
personajes.

Varios periódicos han retirado el cambio á La Lucha.

Por lo visto no quieren ir al casino Gerundense.

Y hacen bien.

No sabiendo apuntar...



Dice un periódico:

«*El País* entona un himno á la coalición triunfante.  
Y *La Justicia* entona el *De profundis* á la coalición.  
Ambos colegas son republicanos.»

Como el sí y el no.

Los cuales hace tiempo que se han metido en la repú-  
blica.



*El Resumen* intenta burlarse de la recepción del mar-  
qués de Cerralbo en Barcelona.

Está en caracter.

Y con él no es posible tomar la revancha.

Porque faltan amigos que reciban.

Y si no, ¿qué hacen los correligionarios de *El Resumen*?

El mismo colega dice que á los carlistas no les admiten  
el lenguaje en telégrafos.

Y el gracioso escribe «redios.»

Palabra que debía ser oficial sólo porque la escribe *El*  
*Resumen*.

Indudablemente; *mecachis*, *caramba*, *cáspita*, etc., son  
palabras groseras.

Pero *redios*...

*Redios* es lo más culto del lenguaje.

Por algo lo dicen en las tabernas.

Otros periódicos liberales también se ríen de la recep-  
ción del marqués de Cerralbo y de la comunión carlista.

Y la desprecian.

¡Ah valientes!

Ya llegará la hora de coger el fusil.

Y reirse de 80.000 hombres.

Entonces, lo que sea sonará.

Y serán tiros.



Leemos:

«A un concejal del ayuntamiento de Daimiel (Ciudad  
Real) se le han encontrado varios billetes falsos del Banco  
de España, con el busto de Goya, por valor de diez mil rea-  
les, habiendo el juzgado de instrucción ordenado su prisión  
preventiva hasta tanto que esclarezca los hechos y depure  
todas las responsabilidades.»

¡Bravo! Yo á ese concejal  
le daba una cruz, porque ese  
es, aunque al Banco le pese,  
banquero municipal.



Dice *La Unión* que la costumbre ha hecho del miércoles  
de Ceniza, por la tolerancia de los tiempos, un día más de  
Carnaval.

Efectivamente, la costumbre liberal ha hecho eso.

Y no por la tolerancia de los tiempos.

Si no por la de los conservadores.



La Monarquía llama á los fusionistas:

«Gangrena del ejército.

Polilla del patriotismo.

Langostas del dinero.»

—¡Más eres tú!—dirán los fusionistas.

Y puede que acierten.

IMPRESA DE FRANCISCO NOZAL  
calle de Jesús, 3, esquina á la de las Huertas

en el más noble de los sentimientos. ¡Martir y  
Rey!

¡Tal fué la suerte del infortunado Luis XVII...  
Ni las famosas y contundentes defensas jurídi-  
cas de los ilustres y venerandos letrados Ma-  
lesherbez y Tronchet, ni los tan celebrados  
discursos del joven Deséze, donde la fuerza  
irresistible de la lógica competía con el calor y  
el entusiasmo de un verdadero patriota, fueron  
suficiente á depurar las muchas investivas  
y acusaciones que cayeron sobre aquel des-  
graciado monarca, una vez presentado en la  
barra de la Convención. Los gritos de Thusiot,  
Dubem, Billant, Desmoulins, Tulliens, Marat,  
Robespierre, Albite, Bazire y otros, ahogaron  
más de una vez la imperiosa voz de la justicia,  
y la inocencia quedó postergada ante el torren-  
te de las pasiones desenfrenadas. La suerte de  
un monarca á las que iba ligada la felicidad de  
todo un pueblo, y quizá de parte ó casi toda la  
Europa, quedó sometida á aquellas bochorno-  
sas deliberaciones, y la palabra muerte, salida  
de la boca de un monstruo infame, de un príncipe  
inhábil y de un estúpido asesino, de Or-  
leans, pronto encontró decididos partidarios en  
todos aquellos revolucionarios que formado se  
habían bajo la sombra de la avaricia y del odio  
á la Monarquía y al orden.

En vano los celosos defensores de Luis, pre-  
sentan nuevas pruebas de la inocencia de su  
parte, y se deshacen en elocuentísimos discurs-  
ses; *nilil juri tam contrarium quam vis*. El 20  
de Enero, á las dos de la mañana, el presidente  
de la convención, publica en nombre de esta  
Asamblea, «que no se sobresea en la ejecución  
de Luis Capet.»

Al momento se decretó sobre la famosa mo-  
ción de Chambécerez, que al instante se envia-  
se al consejo ejecutivo una copia de las senten-  
cias contra Luis, con la condición precisa de  
notificársela en el día y hacerlo ejecutar den-  
tro de las veinticuatro horas.

Antes de que este decreto terrible fuese co-  
municado á Luis, su defensor Malesherbez  
quiso prevenirlo, para evitar mayor dolor y  
sorpresa, y le halló con la espalda vuelta á una  
lámpara que ardía en la chimenea, apoyados  
los codos sobre una mesa y cubierto el rostro  
con las manos. Al leve ruido que produjo Ma-  
lesherbez con sus pasos, Luis como despertó de  
aquel letargo y levantándose, dijo: «*Hace dos  
horas que estoy reflexionando si en el discus-  
so de mi reinado he podido merecer el desafec-  
to de mis vasallos, y os juro en toda verdad, y  
como quien va á aparecer en la presencia de  
Dios, que siempre he querido constantemente  
la felicidad de mi pueblo, y que jamás alimen-  
té deseo contrario á ella*» No importa, Luis,  
no importa. ¡Ignoras acaso de que es capaz la  
razón humana abandonada á sus propias  
fuerzas? ¿No sabes por ventura los abismos á  
que puede precipitarse el orgullo del hombre  
abandonando á su Dios?... Morirás, pero morirás  
con gloria.

En cumplimiento del decreto de la conven-  
ción Garat, ministro de la justicia, dos miem-  
bros del consejo ejecutivo, otros dos del depar-  
tamento, el secretario del consejo ejecutivo, el  
corregidor de París y Hebert, sustituto del  
procurador de la municipalidad, personáronse  
en el Temple el domingo 20 de Enero, á las dos  
de la tarde. ¡Hora fatal!

nia. El espectáculo de un monarca en el ca-  
dalso á los ojos del mundo entero, servir á  
para habituarle á ver caer sin asombro todas  
aquellas cabezas que pretendían cortar los pro-  
yectos ambiciosos y revolucionarios... ¡Triste  
vaticinio!... ¡Cuántos calabozos de víctimas!...  
¡Cuántas calles regadas en sangre inocente!...  
Los padres proscritos, los hijos privados de  
sus derechos y deberes, la infidelidad exaltada:  
la horfandad y la miseria reinando; la virtud  
oprimida, el crimen premiado; loados los faci-  
nerosos; humeantes los cadalsos y las vertigi-  
nosas corrientes de los ríos más caudalosos,  
obstruidas por la hacinación de tantos cadá-  
veres mutilados.... Tal es, mi querido M Fer-  
mont, tal es la suerte que en lontananza vis-  
lumbro estar deparada á la Francia; tales se-  
rán á no dudarlo los óptimos frutos de tanta  
ambición!... ¿Y no debo dar á Dios gracias por  
tan penurata sustracción de este fatídico y  
lúgubre porvenir?... ¡Ojalá que en trascurso  
del tiempo, el Altísimo depare uno de esos hé-  
roes providenciales, cuyo corazón esté forma-  
do en un encendido amor á la patria, y cuyo  
entendimiento haya sido amaestrado por la es-  
perencia de los hombres y de los aconteci-  
mientos, que cual aura refulgente difunda la  
luz esplendorosa del derecho y de la justicia,  
en ese tenebroso caos de iniquidades!... ¡Ojalá  
que así suceda, y Francia pronto pueda verse  
redimida de la tiranía y de las vejaciones, por  
ese genio bendito!... Este consuelo y esta es-  
peranza en la providencia de aquel *cui cura  
est de omnibus*, viene á endulzar el amargo  
acibar de mi penosa existencia... Solo una  
cosa me aflige, contrista mi corazón, contrista